



Año II 1912

Núm. 17

#### SUMARIO

Impresiones de un extranjero: Las comodidades en los ferrocarriles, por *Merio Güemells*.—Donación al Museo de Ciencias Naturales.—Nueva Sociedad de alpinismo.—Nuestros cazadores: D. Joaquín Sempere, por *Erre*.—Una reclamación.—Junto á la hoguera: En la Cruz del Mentidero, por *Guillermo J. Aiky*.—Proceptos que no se cumplen.—El Doctor Ledesma, por *La Redacción*.—Hay opiniones, por *J. M. de P.*—Seguro concurso de pesca con caña.—Un buen servicio.—Una espera en las avanzadas, por *M. Morales*.—Una sorpresa.—Un viaje de exploración.—Cazadores.—Foot-ball.—Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.—Noticias.

(No se devuelven los originales.)

#### IMPRESIONES DE UN EXTRANJERO

### Las comodidades en los ferrocarriles

#### II

Continúo en la villa del oso y del madroño, y precisamente en la época de las zambombas y de los tambores, de la rica peladilla y del succulento turrón; época en que se sacrifican pavos y capones y en que se hace gran consumo de las tan renombradas aguas de Loeches y de Carabaña, que limpian, fijan y dan esplendor al que las ingiere.

Este país es un verdadero encanto; hay público para todos los gustos. Aquí viven en completa juerga, celebrando hoy las Pascuas, mañana el Carnaval, luego comenzarán los toros, después el descanso veraniego, y así sucesivamente; el bullicio, la alegría, el buen humor son las notas predominantes.

Claro es que de esta manera se puede olvidar que en regiones africanas luchan nuestros soldados, que mientras en los hogares se celebra con villancicos y succulentos banquetes la Nochebuena, pasado el Estrecho se entabla una escaramuza durante varios días con sus respectivas noches, y que mueren heroicamente jefes y oficiales, clases y soldados, defendiendo el honor de España.

Pero esto para las gentes bullangueras carece de la menor importancia; cumplen con su

deber militar. Total: *Un soldado muerto, puede el baile continuar.*

Entremos en materia.

Prometí á mis pacientísimos lectores un viaje por la línea de Madrid á Almorox, denominada vulgarmente de Navalcarnero ó de Goya, y veamos cómo lo realicé.

Un mi amigo me invitó á una cacería, acepté gustoso y llegó el momento de realizar la excursión.

Alboreó el día, salí de mi domicilio y pregunté á un individuo que encontré sentado al borde de la acera de la calle, machacando en un almirez.

—Amigo, ¿tiene la bondad de decirme dónde está la estación de Navalcarnero?

—¡Anda diez! ¡Un gachó armao!

—¿Qué dice usted?

—Quite usted el pistón, amigo, no se vaya á disparar la escopeta.

—Está descargada; però dígame...

—¿Va usted á Melilla?

—Á Navalcarnero.

—¡Anda la osa! Este panoli está mochaletes.

—No entiendo.

En este momento apareció un guardia que levantó bruscamente al referido sujeto para conducirlo, según dijo, á tomar el amoníaco.

El referido representante de la autoridad me indicó el camino.

Crucé varias calles, bajé unas empinadas cuestas, pasé un hermoso puente con bolas y allá en un cerrete vi un pequeño edificio que



más bien parecía un mal proyecto de estación ferroviaria.

El pequeño edificio estaba cerrado á *piedra y lodo*, mejor dicho, á *lodo* no, pues antes de llegar á él pasé unos barrizales y tuve que nadar en un charco algo profundo.

—¿Ha ocurrido alguna catástrofe? — pregunté á un muchachón que rebuscaba en un montón de inmundicias.

—¿Por qué lo dice usted, amigo?

—Porque no veo á nadie por los alrededores de este edificio, que supongo sea la estación de Goya.

—Sí, señor; ésta es la estación, pero ha madrugado usted mucho.

—Son las siete y media y el tren sale á las ocho.

—Es temprano; hasta las ocho menos cuarto no se abre el despacho de billetes.

Penetré en el local, de unos diez metros en cuadro, donde existían dos ó tres bancos de *pintado pino*, un gran mostrador para equipajes, una cantina y un puesto de periódicos, dos pequeñas ventanillas y... un frío glacial.

Poco á poco fueron llegando militares y paisanos, gente lugareña, y todos formamos cola ante el reducido ventanillo.

Un cuarto de hora antes de la salida del tren comenzaron á despachar los billetes, y como los viajeros eran muchos, dieron las ocho y cuarto y aún continuaba la adquisición de *cartoncitos*.

Mi amigo, que llegó cinco minutos antes de la hora de partida, se colocó delante del otro ventanillo para sacar el billete del perro.

Al poco rato le oí exclamar:

—Pues tiene usted que devolverme cinco céntimos.

—No los tengo.

—Esto es una informalidad.

—Eso no me lo dice usted en la calle.

Contuve á mi amigo para evitar disgustos y renuncié á los cinco céntimos.

Adquiridos nuestros billetes, nos introdujimos en el andén, que es tan reducido que apenas cogen seis unidades ferroviarias de vía estrechísima dentro de él.

Sonaron pitos, campanas y bocinas y nos pusimos en movimiento el tren y los viajeros, tales eran los saltos y tumbos.

Los bruscos movimientos me descompusieron el estómago y no pude desahogar mis ansias por carecer el ferrocarril de lugar adecuado para ello, y me contuve hasta llegar á una estación.

Por fin se detuvo el tren ante una pequeña vivienda y descendí de él.

Manifesté al oído á un hombre que llevaba un banderín y una campanilla mi ligera indisposición y me contestó:

—¡Ahí, detrás de la estación!... Donde usted quiera.

—¿Pero no tienen ustedes...

—Ya ve usted, en las tres pequeñas habitaciones de que se compone el *edificio* vivimos mi mujer, tres hijos, un perro, dos cerdos, catorce gallinas, un pavo y un mirlo que nos alegra la existencia silbando algunas notas de la Marcha Real.

—¿Qué me dice usted?

—Lo que usted oye y otras cosas que ignora, entre ellas que soy jefe de estación, factor, guardaaguja; que en mis ratos de ocio me dedico á labrar los campos y en los intermedios recojo piedras para obras de reparación.

Sonó un pito, agitó la campanilla, me subí al coche y prosiguió el viaje, no sin apercibirme de que los coches son higiénicos y sobre todo aireados; penetra el viento y la lluvia por todas partes.

De pronto nos detuvimos.

—¿Qué ocurre? — pregunté alarmado.

—Nada — me contestó mi compañero, — que el tren va á recoger unos vagones de estiércol.

En efecto, nos encontrábamos en pleno estercolero, según delataba un olor nauseabundo y pestilente.

Mientras se realizaba la maniobra me dijo mi acompañante:

—Esta línea no es mala. Alguna que otra vez ocurren descarrilamientos, pero de poca importancia, porque la velocidad de marcha es moderada. Cierta día se apagó la caldera de la máquina y los viajeros nos dedicamos á recoger leña del campo para encender el hogar... pero fuera de estos pequeños incidentes, que resultan hasta entretenidos, la línea es buena y sobre todo tranquila.

Terminó la operación y volvió el tren á seguir su ruta.

Llegamos á otra estación donde nos detuvimos unos minutos más de los reglamentarios de parada, porque estaba terminando su almuerzo una viajera que bajó á la estación con ese objeto.

Por fin llegamos al punto de destino, y como el tren llegó algo retrasado, no encontramos el coche que debía esperarnos, pensando quizá en que nuestro tren había descarrilado.

Nos trasladamos á pie hasta el cazadero y terminada la excursión cinegética regresamos



á Madrid en la misma forma que cuando salimos de él.

En la estación de Goya (¡pobre pintor!) no había coches ni medio alguno de locomoción, y vuelta á nadar en el charco, á revolverme en el lodo, á pasar el puente de las bolas y á internarme en un bosque de pinos donde unos granujas quisieron despojarme hasta de la camisa.

Me defendí á culatazos con la escopeta y ascendí á la calle Mayor por empinadas y tortuosas cuestas.

Por cierto que encontré por aquellos pares parejas de sexo diferente en coloquio amoroso y algunas personas y muchachos en cucullas junto á unas tapias haciendo esfuerzos no sé con qué objeto, porque á su alrededor se oía y no á ámbar.

Se me olvidaba decir que en el tren de regreso me ofreció un mozo caza muerta, de la que llevaba buen acopio en uno de los vagones.

Luego dirán que esa línea no es higiénica, cómoda y confortable, y que no se precave hasta la desgracia de que no maten caza los muchos cazadores que se detienen á realizar sus excursiones en aquellos lugares por donde el ferrocarril pasa.

MARIO GÜEMELLS

## Donación al Museo de Ciencias Naturales

La Asociación General de Cazadores y Pescadores de España envió al Museo de Ciencias Naturales una magnífica cabeza de *Capra hispánica* que le fué remitida por uno de sus asociados.

Este preciado ejemplar fué cazado en la sierra de Cazorla (Jaén), sitio denominado «Peña Negra», próximo al santuario de la Virgen de Tiscar.

El referido Museo, en atenta comunicación, dió las gracias á la Asociación, añadiendo que dicho centro recibirá siempre con gusto cualquier ejemplar de Historia Natural, por insignificante que parezca, para el aumento de sus colecciones.

Suplicamos á los individuos de la Asociación General de Cazadores y Pescadores que envíen al referido Museo cuantos ejemplares encuentren dignos de figurar en dicho centro, pues de este modo se coopera á la cultura nacional, y nadie mejor que los cazadores y pescadores pueden prestar tan patriótico concurso.

Esta petición la hacemos extensiva á los no asociados, quienes pueden remitir los ejem-

plares á la Asociación de Cazadores y Pescadores, por cuyo conducto se remitirán al Museo de Ciencias Naturales.

## Nueva Sociedad de alpinismo

Hace pocos días tuvimos el gusto de recibir la visita de una comisión, presidida por el periodista abulense que firma sus trabajos con el pseudónimo de *Vega-Alberche*, y en la cual figuraban el comisario D. Justo Muñoz y el Tesorero de la Sociedad recién constituida *Gredos-Tormes*, D. Juan González.

Esta comisión vino á la corte con el propósito de ofrecer á S. M. el Rey la presidencia de honor de la referida Sociedad de alpinismo (presidencia que el Monarca aceptó gustoso), y al mismo tiempo á realizar algunos trabajos de propaganda para que los aficionados al turismo sepan que cuentan desde ahora en Ávila y su región con medios y elementos de que antes carecían.

La Sociedad *Gredos-Tormes*, legalmente constituida en Hoyos del Espino, proyecta además construir caminos, instalar algunos *chalets-refugios* y facilitar la organización de expediciones, proporcionando tiendas de campaña, *piolets*, criados, guías, viveres, etc., etc.

Los aficionados al campo, y sobre todo los que gustan de estas expediciones á las sierras para entregarse al sport sobre la nieve y disfrutar de la majestuosa belleza de los paisajes montañosos, limitábanse hasta hoy á salir al próximo Guadarrama, que á pesar de hallarse tan inmediato á Madrid no era conocido más que por algunos aficionados á la caza; pero de ahora en adelante podrán ampliar sus excursiones y gozar con los encantos de la sierra de Gredos, desconocida por completo para la mayor parte de los que en la capital de España vivimos.

Nosotros, partidarios del campo, entusiastas de los placeres que proporciona, é incansables propagandistas de los ejercicios al aire libre, no podemos menos de elogiar los excelentes propósitos de los socios de *Gredos-Tormes*, que, como hemos dicho ya, sólo aspiran á fomentar el alpinismo y el aprovechamiento de la riqueza ictícola del río Tormes.

Al mismo tiempo les devolvemos el saludo y ofrecemos el desinteresado concurso de nuestra revista CAZA Y PESCA para todo aquello que redunde en beneficio de los aficionados al sport.



# Caza y Pesca

NUESTROS CAZADORES

## D. Joaquín Sempere

Alicantino de nacimiento, recibe con gusto la cariñosa frase de *Chino*, que en aquella región aplican á los que llevan su nombre.

Desde niño siente y practica la noble y simpática afición á la caza, que aprendió de su padre, notable cazador, de un vigor físico tan extraordinario que hasta en los últimos años de su vida, y cuenta que ha fallecido recientemente de más de ochenta años, fué el terror de la caza por aquellos terrenos.

Joaquín, su hijo, si no le aventajó en conocimientos del arte de cazar, llegó á nivelarse en ellos con el autor de sus días y á superarle en la seguridad del tiro.

Esta difícil facilidad constituye un don especial que pocos poseen, pues, por lo general, se destaca en los indi-

viduos en una especialidad. Así vemos que hay cazadores que matan muy bien los conejos y no con tanta seguridad otras especies de caza; que hay para quienes la perdiz es su tiro favorito y en cambio hallan dificultades en el tiro de la agachadiza, por ejemplo, y tales diferencias se explican por las distintas aptitudes y condiciones de cada cual, influ-

yendo asimismo el que se haya practicado con más ó menos frecuencia determinada clase de caza. Pero en ella, como en todo, hay genios que llegan á dominarla y por inspiración sobrenatural, sin grandes esfuerzos, vencen las dificultades que otros encuentran.

De aquellos privilegiados es Joaquín Sempere. Para él no existe tiro difícil; en todas partes y de todas formas en que la caza se le presente, halla manera de matarla con facilidad. Por tales circunstancias sobresalió siempre entre sus compañeros, siendo admirado por todos.

Su modestia contrasta con tan brillantes dotes, pues jamás dió importancia á sus triunfos, que ensalzaron y apreciaron los demás como merecían, arrancando con mucha frecuencia el grito de ¡bravo, Chino! cuando derriba, hecha una pelota, la perdiz que entra de pico ó huye descolgada por enorme barranca con la velocidad del rayo; cuando corta la vida por certero disparo á la agachadiza, que haciendo zig-zag en brevísimos mo-



Fotografía J. Mena.

mentos burla la pericia del más hábil cazador, colocándose fuera del alcance de su escopeta.

Para Joaquín no existen tales dificultades; por eso dijimos al principio y hemos de repetir que es un privilegiado de la naturaleza en el arte de la caza.

Serían interminables los incidentes y anéc-



dotas que pudieran referirse de este notable cazador.

El espacio concedido á estos trabajos no consiente darles mayor extensión.

Relataremos, sin embargo, uno de ellos, que pone de relieve las singulares condiciones y destreza de nuestro amigo.

Fué un día á cazar al por entonces renombrado coto de «Vallequillas», de donde era socio; hizo el camino desde Madrid en una tartana de su propiedad. Apenas puesto á cazar, observó que se le había extraviado uno de los perrillos de la escopeta. Con el cañón que le quedaba útil estuvo cazando todo el día entero, y en tales condiciones él solito, en mano y con su perro, cobró noventa y cinco piezas.

Nada le perturba ni agita sus nervios en el campo; de ahí la seguridad de sus tiros.

Añadiremos á estas notas que nuestro biografiado ha cazado en vedado y *en libre*, con aristócratas y con modestos cazadores, y en unos y en otros sitios, con unas y otras personas, dejó bien puesto su pabellón de notable cazador, de caballero y de cariñoso amigo.

Es partidario entusiasta del arte clásico de cazar en mano y con perro de muestra.

Ha sido y es compañero de todos los buenos aficionados.

Pertenece á la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España desde que ésta se creó, y desde antiguo forma parte de su Junta directiva.

Posee el diploma y medalla de oro del primer premio del Tiro Nacional en Concurso de cazadores.

Y, por último, en su misma escuela, está adiestrando á su hijo Joaquinito, para que siga la tradición de la familia Sempere, y hay ya que ver al padre y al hijo por esos campos matando caza, y que no me coloquen en mano entre los dos, porque serviría para juguete de sus habilidades que soy el primero en admirar.

ERRE



## UNA RECLAMACIÓN

Nuestra Asociación de Cazadores y Pescadores de España, atendiendo las justas reclamaciones de varios de sus socios que frecuentan para sus excursiones la línea del ferrocarril de Madrid á Villa del Prado, cuyo abandono es de todos conocido, dirigió en el mes

último al director de la Compañía de dicho ferrocarril la carta siguiente, suscrita por el Presidente y Secretario general:

«Muy señor nuestro y de nuestra más distinguida consideración: En nombre de esta Asociación nos permitimos molestar la atención de usted sobre el asunto que motiva la presente, esperando de su justificada rectitud que atenderá nuestro ruego, fundado como está en necesidades del público.

»Es el caso, quizá único en su clase, que en la estación de Villamanta no existen ni sala de espera ni retretes. Los viajeros han de sufrir en los andenes al aire libre las inclemencias del tiempo, sobre todo en esta época, mientras aguardan la llegada de los trenes.

»Debe tenerse en cuenta que á la expresada estación afluye gran número de viajeros, entre los cuales figuran muchos cazadores, por ser aquel punto centro de partida para diferentes cazaderos.

»Basta con lo expuesto para que la Compañía que usted tan dignamente dirige aprecie nuestra razonable súplica y procure se provea á la estación de Villamanta de sala de espera y retretes.

»No hemos, pues, de insistir, ni menos ponderar la urgencia de esta necesidad, porque es de tal índole que excusa de todo comentario.

»Réstanos sólo anticipar á usted que su favorable resolución será agradecida por el público en general, y muy especialmente por esta Asociación.»

Á esta carta ha contestado el Sr. Director de la Compañía del ferrocarril con la siguiente:

«Señor Presidente de la Asociación General de Cazadores y Pescadores. Madrid.

»Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: En contestación á su atenta carta de 13 del actual (Diciembre), tengo el gusto de manifestarle que esta Compañía tiene ya en proyecto la modificación, para más comodidad del público, de los edificios de la estación de Villamanta, y que para la próxima primavera empezará dicha modificación.»

De desear es que se realice esta oferta para comodidad del público.







JUNTO Á LA HOGUERA

## En la Cruz del Mentidero

### I

«El celemin de Dios está vacío.» Así decían los lugareños, significando que había pasado el otoño, que llegaba el invierno y con el invierno el hambre.

Ya no daba la sierra para todos, como unos meses antes, ni había cardillos en las lindes, ni espárragos en los ribazos, ni setas en las umbrías, ni los mil recursos que el lugareño pobre busca para acompañar el mendrugo á tanta costa adquirido. Sólo leña quedaba en el monte, y no mucha, porque vedado estaba cortarla en casi todos los sitios donde crecía abundante.

Los pueblecitos á cuyos tejados había devuelto el sol estival su rojo y alegre color y cuyas paredes calizas habían estado blancas como casitas de azúcar, se cubrían de nuevo con una envoltura verde de musgo que les daba apariencia de cementerios abandonados, á la vista del viajero que los contemplara desde las alturas del monte.

Es Guisando uno de estos pueblecitos de la sierra de Gredos, enclavado entre montañas enormes que, como gigantescas murallas,

parecen aislar á sus habitantes del resto del mundo que vive y se agita olvidado de quien vegeta triste en estas soledades.

Pues bien, había en Guisando, como suele haber en casi todos los pueblos chicos ó grandes, un *golfo*, un niño sin padres ni hogar, á quien el alcalde hacía como que obligaba á ir á la escuela, á quien los vecinos alimentaban con migajas de sus mesas, ya de suyo paupérrimas, y cuyas carnes se abrigan con ropa desechada de los demás.

Se llamaba Andrés, pero todos le decían Andresillo. Durante el verano vivía bien. Escardaba y trillaba á cada sazón y, cuando no, buscaba cardillos ó setas ó lo mejor que daba el tiempo, y día tuvo de ganarse ¡dos reales! que ya era ganar. Pero la llegada del invierno le anonadaba.

Otros años le habían dado de comer aquí y allá y con los treinta reales que había reunido de aguinaldos por Nochebuena había ido tirando todo el invierno; pero este año... él lo comprendía y le aterraba tener que pedir limosna. Tenía catorce años; ya era un hombrecito y se lo echaban en cara al darle un mendrugo ó un plato de comida sobrante. Debía trabajar.

No necesitaban decírselo, ¡pobre Andresillo! Pedía trabajo con más ahinco que la cotidiana limosna; pero nadie se lo daba. ¡Qué trabajo habían de darle en una pobre aldea donde cada propietario se hacía sus faenas para



economizar un criado, y aun así, apenas si sacaban lo suficiente para el sustento!

Un domingo por la mañana Andresillo estaba desesperado. Había recibido desaires en las casas donde más segura encontraba otros días la limosna. Con su pena y su hambre dirigióse á la Cruz del Mentero, sitio donde la gente que holgaba solía ir á tomar el sol después de misa.

Sentado en uno de los troncos que hacían las veces de bancos, hablaba el secretario con un señor bien portado que llegara á Guisando la noche antes. La conversación debía ser de interés y el secretario hablaba mucho y le enseñaba al señor unos papeles. Al ver á Andresillo, el funcionario rural exclamó:

—Aquí tiene usted otro que también puede ir.

—¿Querrá?

—¡Ya lo creo! ¡En cuanto se le diga! ¡Oye, Andresillo!

—¿Qué manda usted?—dijo el chico acudiendo diligente.

—¿Te gustaría ir á una tierra muy lejos, donde te dieran trabajo para todos los días y ganaras mucho dinero?

—¡Toma! ¡No que no!... ¡Pero cualquiera va si está tan lejos!

—¡No faltará quien te lleve, hombre! Ya ves, este señor busca gente que quiera ir y sea trabajadora.

—¡Yo voy!—contestó entusiasmado el chico.

—¿Qué edad tienes tú?—le preguntó el forastero.

—Creo que son catorce años.

—Entonces este muchacho no puede salir como emigrante. Creí, al verle tan desarrollado, que tendría más años.

—Eso no importa—añadió el secretario.—Yo le daré á usted una documentación en regla.

—En todo caso, yo no puedo dar á usted por este muchacho la misma comisión que por los demás. Tenga usted presente que á éste hay que pagarle el viaje de ferrocarril... Por esto no puedo darle más que veinticinco pesetas.

—Si usted se empeña... Bueno, pues ya lo sabes, Andresillo; vas á América.

—¡Á Buenos Aires!—Sabido es que, para los aldeanos, hacer un viaje largo por mar es ir á Buenos Aires, aun cuando se vaya al Japón ó á la Indochina.—¿Cuándo me voy?

—Esta tarde saldrás con este señor, que te llevará al tren y luego á un barco.

—¿Y me darán trabajo toos los días?

—Todos... y bien pagado.

—Pos diquíá un poco vengo á buscarle y ya no me esaparto de este señor diquíá Buenos Aires... Si me dieran ustés una perra pa mericar un poquejo pan...

—¡Toma, hombre, toma!

—¡Señor, que se ha enquivocao usté! Que m'ha dao una peseta.

—No, hombre, no; para ti, para que compres algo más que pan.

—¿Para mí? ¡Que Dios se lo pague!

Y salió corriendo, con la cara radiante de felicidad, con su peseta apretada en el puño, contando á todos en medias palabras de su pintoresco lenguaje la dicha que le había llovido del cielo.

Cobró el secretario buena comisión por los emigrantes proporcionados al agente, y por la tarde salió del pueblo Andresillo, á quien ya los chicuelos habían bautizado con el apodo de *el Indiano*. Tras él fueron hasta la Cruz



del Mentero, y allí le dijeron adiós por última vez, en tanto que le veían alejarse triunfante con su hatillo al hombro tras el caballo del agente, que marchaba al paso hacia la primera estación.

El reloj de la torre dió las cinco. Andresillo volvió la cara hacia el pueblo y vió un bando de palomas que parecía decirle adiós, revolando en torno de la veleta. En aquel momento sintió algo que le apretaba el corazón al separarse de la aldea donde dejaba... nada, hambre, miseria... pero recuerdos al fin que, dulces ó amargos, arraigan en el corazón.

## II

Han pasado diez años. Guisando está igual. Sólo cuatro ó cinco casas han venido á aumentar los edificios del pueblo. Los habitantes sí han cambiado. Hicieronse adultos los adolescentes de antaño, los adultos encanecie-



ron y los viejos fueron al camposanto, dejando lugar en la vida á otros que han nacido. Las costumbres son las mismas. Allí está la Cruz del Mentidero y en torno suyo, sentadas en los troncos carecomidos, están las viejas haciendo calceta al sol y los hombres jugando á las cartas en corrillos. Es día de holgar. D. Ramón, el viejo secretario, agobiado por los años, la gota y el asma que le ahoga, ha salido á dar un paseito al sol y, mal sosteniéndose apoyado en un bastón, atraviesa la explanada de la Cruz y saluda á los domingueros, que apenas le contestan.

—¡Contesta, Sinforiana, que ha dao los güenos días!

—¡Contéstale tú! ¡Mía ésta! Güeno camándulas está. Su merecío lleva, que Dios es justo y da pa toos, como dijo el otro.

—Pos ¿qué ha hecho el pobre hombre?

—¿No lo has sentío decir?

—Yo, no, hija. Naa sé.

—Pos icken que vino por acá un acaparaor ó como se diga de ermigantes...

—¿De qué?

—¡Un hombre de esos que se llevan la gente á Buenos Aires pa que trabajen pa ellos... Güeno, pos naide se iba; pero el tío se entendió con el secretario, y por cinco mil riales que icken que le dió, sonsacó á los más enfelices de Guisando, los engatusó y allá que se fueron creendo que iban á Jauja. Pos los míos se murieron bien presto, que los papeles lo ecían, de calenturas amarillas, y los otros si s'han salvao, es gracias á Andresillo... no sé si tú te acordarás... un chiquejo que andaba pidiendo limosna, que se llamaba Andresillo y que icken que le icken ahora don Andrés, porque icken que ha hecho una suerte mu grande. Pos él los ha sacao á toos pa alante. Güeno, pos el secretario los vendió á toos por cinco mil riales como Judas á Nuestro Señor, y luego se ha enriqueció más aún, dando los cinco mil riales á usura toos los años; pero anda, que bien se lleva su merecío. Ahí le tienes muertecito en vida, con tantos males que no tiene hora de paz, y por si era poco, castigo ha tenío en la familia. Ya ves lo que le ha pasao al hijo, que cuando iba á casar con la Sira, con la moza más maja y más lucía de toa esta tierra, se le han llevao á la guerra e los moros y... ¡Dios sabe!

—Pues, hija, no había sentío decir naa de eso; pero, anda, que si too es verdá... ¡Ya está buena pieza el tal don Ramón! Dios le dé lo que merezca... ¡Qué contenta y qué maja viene la tía Petra al Mentidero!

—¡Tanto güeno, tía Petra! ¿Cómo tan com- puesta de mañana?

—¿Pero no lo sabías? ¡Si lo sabe too el pueblo! ¡Hay que venir al Mentidero esta tardel! Viene Andresillo el Indiano; se lo ha escrito al señor alcalde, y viene mu rico á fincar en Guisando.

—¡Anda!... Pero no diga usté Andresillo; icken que le llaman don Andrés.

—Que le digan como quieran, Andresillo le he de llamar siempre, y no se enfadará, que le quiero bien y güenos platejos de sopas calientes le tengo daos por los inviernos. Ya se acordará. Ya verís cómo no viene sin alguna coseja pa la tía Petra.

Y siguieron las mujeres comentando el fausto acontecimiento que se preparaba y hablando bien del Indiano y mal de D. Ramón.

Á las cuatro de la tarde, todos los vecinos de la aldea llenaban la explanada de la Cruz del Mentidero. Allí estaban los mozos del lugar con su buena orquesta de guitarras y bandurrias. El Indiano no llegaba.

Ya cerca de las cinco una voz gritó:

—¡Él es! ¡Allí viene un coche!

Acercóse más y más el alegre cascabeleo y unos momentos después D. Andrés el Indiano pisaba la explanada del Mentidero.

Venía hecho un real mozo. Bien vestido, gran cadena de oro en el reloj, brillantes en los dedos y en la corbata... un verdadero indiano de novela.

Callaron las guitarras y empezaron los vivas y las felicitaciones. El momento era por demás emocionante. Andrés lloraba conmovido cuando recibió el abrazo del señor alcalde, que todavía era el mismo á pesar de los años transcurridos.

—¿Ya no me conoces, Andresillo? ¡Mírame! Soy la tía Petra, hijo. Más vieja, pero la misma. ¡La misma de antaño!

—Sí la conosco, sí. Y la quiero, tía Petra. No más recuerdo muy bien los platitos de sopa caliente, ¿verdá? ¡Malos tiempos, tía Petra, malos tiempos que no volverán!

—¡Bendito sea Dios que lo ha hecho, hijo mío!

—Y bendito el secretario que me mandó como emigrante.

—No hables así de ese tío perro, que te vendió como Judas á Cristo, y con el dinero de aquella venta ha arruinado á too el pueblo.

—¡Caye, no más, señora! En su pecado yeva la pena; yo tengo pan y dinero para quienes lo tuvieron para mí. Vamos á su casa, si estima. Nesesito mandarme mudá. Después habrá bailes y dansas á mi salud. ¡Cómo no! Quiero festejar con todos mi llegada.



Y amigos y enemigos (que enemigos no había) acompañaron en comitiva triunfal al Indiano hasta casa de la tía Petra, que no cabía en la ropa de orgullo y de satisfacción.

Por la noche hubo baile en casa del alcalde, donde corrió el vino en abundancia y reinó la mayor alegría. Desde los primeros momentos, la mirada de Andrés se fijaba intensamente en los ojos de Sira... y valía la pena mirarlos. Sira estaba hermosa con su traje charro de lujo, su mantilla redonda, su pelo que rizado y oscuro asomaba fugitivo bajo los artísticos pliegues, sus afligranados pendientes sujetos á la perfecta y rosada oreja, orlando aquella cara radiante, de rara belleza, en la que las cejas de un negro purísimo contrastaban de modo extraño con los ojos de un hermoso azul; una boca pequeña en la que vagaba una sonrisa eterna, dejando ver una primorosa dentadura blanca, con destellos nacarinos á fuer de blanca. Todo ello destacando sobre una tez mate y transparente del más delicado color.

Andrés había viajado mucho, había corrido el mundo y admirado maravillas; pero nunca una tan perfecta y tan natural había llenado tan por completo sus sentidos y acaso sus sentimientos.

Cuando la alegre algazara era mayor en el baile, Andrés llamó aparte á Sira sin que las gentes lo notaran, y acercándola á una ventana por donde llegaba á la rústica sala el airecillo fresco del campo, entabló con ella el amoroso diálogo que ya deseaba.

—Sira, ¿quiere la niña sentarse un poco á mi lado?

—Como usted quiera—contestó Sira tímidamente.

—No te enfades, mi niña, si te digo de amores. ¿Te recuerdas de mí, Sira?

—¡Vaya! ¡Jugábamos juntos de niños!

—Dijéronme ya que tienes novio... ¡Cómo no! ¡Si eres bonita como una onsa!

—Novio tengo, pero no le quise de amor. Arregló mi padre la boda porque era rico, y yo... obedecí.

—Obedesió la niña, ¿no más? ¿Entonces... no supiste nunca lo que es querer con toda el alma?

—¡Qué cosas me dice usted!

—¡No me hables de usted, nenita!

—¡No digas esas cosas!

—Querer de veras, muy de veras, es querer como te quiero yo. Es haber vivido solo muchos años en las praderas de Méjico, haber corrido las principales poblaciones de la hermosa América, y no haber sentido jamás emoción, ni ante el peligro, ni ante los placeres, ni ante la belleza. Es volver á la pobre aldea donde pasé tanta miseria, días tan tristes, soñando sólo con un bienestar frío, vulgar, como el que vengo disfrutando desde que soy rico, y encontrarte á ti, Sira, mirar tu cara linda, unas horas no más, sólo unas horas, y sentir en el alma la emoción nueva y desírte ahora que mi fortuna, mi corasón, lo que soy y lo que valgo es para ti, nenita, para ti sola... si tú lo quieres... ¿No me contestas?... ¿Ni siquiera me mira la niña?

.....

—¿Por qué yora no más?...

Disimula, presiosa, que van á verte y á nadie importa... ¿Quieres desírme?... ¿Por qué hay lágrimas en esa carita?

—¡Nada... no es nada!...

—¿No quieres confesarme?...

Y Sira, mirando al suelo, con la cara encendida de rubor, contesta al fin muy bajito:

—Es... de alegría.

—¡Bendita sea mi niña no más!

Terminóse la misteriosa conversación, enlazóse la radiante pareja, y al compás de las notas alegres de la bandurria giraron bulliciosos por la sala semioscura, con los ojos fijos en los ojos y el alma prendida en el alma. La alegría íntima de los dos enamorados era tan intensa que se sobreponía á la alegría general y no les dejaba sentirla. Sólo las viejas, que saben bien de la juventud, notaron la mutua atracción de Sira y Andresillo y murmuraban por los rincones.

La tía Petra no cabía en sí de gozo.

Terminó el baile, pasaron días, y por primera vez en la vida se sintió felicidad en todas las casas de Guisando. El Indiano había empezado obras importantes de construcción, en donde había trabajo y buen jornal para todos.

¡Todos! ¡Todos felices! Andresillo lo quería así... pero D. Ramón, el usurero, el comerciante de carne humana, sufría en silencio; era el único vencido en aquella alegre lid. Desde la llegada de Andrés á la aldea no ha-





bía salido de su casa, por causa de los achaques, según decía. La verdad era que estaba avergonzado por el triunfo de Andrés, y le llegaba á lo más íntimo de su orgullo que el Indiano hubiera truncado sus sueños de oro quitándole la novia á su hijo.

¡Ya era público!

Un mes más tarde, Sira salió de su casa compuesta con los mejores vestidos y adornada con hermosos brillantes del Brasil, para tomarse los dichos con Andrés. El novio debía esperarla en la sacristía.

Al cruzar la explanada del Mentidero las comadres la miraban con amor y comentaban su suerte, en tanto que la madre feliz, que iba

—¡De mi hijo! ¡Me le han matado!... ¡Me le han matado en la guerra! ¡Perdón, Andrés!

Andrés no pudo contener su emoción, y su corazón de hombre honrado se sobrepuso á su justo rencor.

En tanto diz que en la Cruz del Mentidero murmuraba la Sinforiana al oído de una comadre:

—Dios da para toos... ¡Ya ves, hijal! Á caa uno lo suyo, como dijo el otro.

GUILLERMO J. ATHY

(Prohibida la reproducción.)



tras ella, se esponjaba de jorgullo. Llegaron á la iglesia, en torno de cuya puerta hervían los curiosos, que bendecían la unión. Una vez en la sacristía, empezó la ceremonia de rito y, en el momento más solemne, oyóse el doblar de las campanas en la torre. El lúgubre tañido entristeció un momento al Indiano, que avanzó á la puerta para preguntar quién era el muerto, quizás con el propósito de atenuar con dinero el dolor de los vivos; pero antes que despegara los labios para formular la pregunta, vió avanzar hacia él la escuálida figura del viejo secretario que se echó llorando á sus pies.

—¡Perdón, Andresillo, perdón! ¡Para él y para mí!

—¡Pero qué disel! ¡Por qué llora! ¿De quién habla?

## Preceptos que no se cumplen

Ahora que han constituido los Ayuntamientos en los pueblos de la Península, conviene recordar que entre sus servicios se encuentra el siguiente:

«Los alcaldes enviarán al gobernador, y éste al director de Agricultura, el estado de las correcciones impuestas durante el mes anterior á los contraventores á la ley de Caza, expresando los funcionarios que más se hayan distinguido en este servicio.»

¿Se cumple este precepto? Creemos que no, y bueno sería que se cumpliera, pues de este modo se excitaría el celo de los funcionarios encargados de este servicio y se extremaría su celo en beneficio de una riqueza de tanta importancia.

También conviene recordar que durante el período de veda no se puede expender caza, ni viva ni muerta, y que los agentes municipales deben decomisarla y presentar la correspondiente denuncia ante las autoridades competentes y no expender las papeletas del arbitrio por la venta de especies que no pueden venderse sin infringir la ley de Caza.





# EL DOCTOR LEDESMA

El día 26 de Diciembre último falleció en esta corte, víctima de rápida enfermedad, el sabio médico Excmo. Sr. D. Manuel Ledesma Robledo.

La prensa toda hizo justicia á los grandes méritos del finado y expresó el duelo nacional que su pérdida ha producido, por tratarse de una eminencia médica de nuestra patria, á la cual prestó distinguidos servicios de distinta índole, y muy principalmente en la penúltima guerra de Cuba, en donde por sus infatigables trabajos, por la importancia de las curas y operaciones quirúrgicas que allí realizó y que merecieron especiales estudios por parte de la ciencia médica de todos los países, como descubrimientos útiles para el arte de la cirugía, alcanzó justo y universal renombre, conservado y acrecentado, si cabe, á su vuelta á España, por los éxitos que por su sabiduría obtuvo en la difícil profesión de médico y con singular acierto en la de hábil cirujano.

Incompetentes nosotros para juzgar á personalidad tan saliente en las esferas del saber humano, no hemos podido, sin embargo, sustraernos al sentimiento general que en este sentido ha producido la muerte del insigne médico español, que ocupaba el Decanato de los Profesores de Cámara de SS. MM. y AA. RR.

Compétenos, sí, hacer especial mención de las aficiones cinegéticas del ilustre finado, que indudablemente, por el cargo que ejercía en Palacio, debieron influir de manera notable en las que S. M. el Rey ejerció desde niño, con innegables beneficios para su salud.

El Dr. Ledesma era cazador de abolengo: lo fué su padre y él le acompañaba en sus excursiones.

De tal modo aprovechó las lecciones de su progenitor, que siendo muy joven aún el discípulo, aventajó á su maestro, llegando á dominar en términos extraordinarios todas las di-



ficultades del tiro, así el de vuelo como el de carrera.

Su preferencia por el primero y sobre todo por el de la perdiz, que llegó á dominar completamente, fué tal que prescindía en las cacerías de tirar á conejos y liebres, reservando sus certeros disparos para las perdices.

Y era verdaderamente admirable la maestría con que las derribaba.

Basta un solo recuerdo para demostrarlo: celebrábase una cacería á ojeo de perdices en un pueblo de la provincia de Guadalajara, en terrenos de siembra, limpios de abrigo y por consiguiente muy difíciles para ocultar á las escopetas, por lo cual las perdices tomaban velocidades y alturas enormes.

Colocados los tiradores en sus puestos, el Dr. Ledesma, que concurría á la cacería, con la venia de sus compañeros, se colocó á unos veinte metros detrás de uno de ellos.

Había por tanto de tirar las perdices que pasaran antes por la línea de escopetas.

Así fué en efecto, y de tal modo lo hizo, de tan extraordinaria altura descolgaba las perdices con tiros admirablemente centrados, que más de una vez, los que presenciaban esta colosal faena no pudieron contenerse y la premiaron con entusiastas ¡bravos!

Era un cazador de primera magnitud, de incomparable calma, de sin igual acierto. La afición ha perdido uno de sus más distinguidos campeones, la medicina española un eximio profesor, la patria uno de sus más preclaros hijos. Á los del sabio doctor, nuestros amigos D. Luis y D. Arturo Ledesma, á su hijo político, D. Sebastián Moro, á su sobrino, D. Ramiro Molina, aficionados todos á la caza, como lo fué su ilustre deudo, enviamos el sincero testimonio de profundo pesar, uniendo nuestro duelo á las infinitas expresiones de pésame que están recibiendo por su desgracia.

LA REDACCIÓN



## HAY OPINIONES

Aunque de lo que voy á tratar en este artículo está en decadencia, pues hoy lo que priva es el *ojeo*, sin embargo, quedamos todavía buen número de cazadores con perro y escopeta, y á éstos principalmente me dirijo.

Yo creo que lo mismo que los ingleses, franceses, alemanes, etc., etc., tienen su escuela y forma de cazar adecuada á su terreno, asimismo nosotros tenemos la nuestra, que no por ser española ha de ser la peor ni la mejor, sino la que corresponde á nuestro suelo.

Es tanto lo que entre nosotros puede el afán de copiar del extranjero, que nos servimos para cazar de perros impropios para nuestro suelo, por lo general accidentado y tupido de maleza.

Los ingleses obtuvieron su *pointer* muy sabiamente, perro adecuado á su terreno; inventaron y construyeron escopetas de largo alcance, propias también para las grandes distancias, que por regla general se ven precisados á disparar, según me he ilustrado.

En cambio los franceses y alemanes ya formaron otras razas de perros más pesados; con mayor motivo, según las condiciones de nuestro suelo, debemos usarlos los españoles.

Vayamos examinando lo que la sabia Naturaleza nos presentó en razas caninas, y veremos que según los terrenos y climas, así son sus castas y condiciones: el *navarro-pachón*, el *burgalés*, el de *victoria*, el *castellano*, el *gallego*, el *andaluz*, etc., todos ellos tienen una constitución adecuada para cazar en la clase de terrenos de la estructura de aquel en que nacieron.

El *pachón*, pausado en el cazar, de vientos bajos, buen rastreador; si careciese de estas condiciones, dejaría de ser cobrador, atropellaría mucha caza, cansaría al cazador más resistente. Conste que pongo el ejemplo sobre el terreno adecuado para que desarrolle sus facultades el perro que describo.

Nunca hemos visto que en las carreras de caballos se haya presentado jinete sobre una jaca gallega de baja talla y carnosas patas, ni que para trepar una sierra se empleen caballos de carreras, de regular alzada y finos remos; pues por igual motivo entiendo que para cazar en nuestros montes debemos usar con preferencia nuestros perros españoles, *pachones* y *perdigueros*, pues aunque estos perros, sobre todo nuestros *perdigueros*, no ponen las codornices con la elegancia de un *pointer*, sin

embargo, cumplen sobradamente y divierten al que los caza.

Esta opinión mía es hija de la práctica. Hace años que me servía para cazar de un perro *pachón*, y frecuentaba cazaderos donde acudían cazadores con perros ingleses muy elegantes, bonitos, bien cuidados, de grandes vientos y excelentes pies; mi *pachón* se lucía en sus cobras; claro es yo cazaba sólo con él, pues era imposible llevar en compañía un *pointer* y un *pachón*.

Repetidas veces conseguía cobrar el mayor número de piezas, cazando con mi *pachón*, que las cobradas por otros notables cazadores que cazaban con *pointer*. ¿La causa?... Sólo quiero dejar señalados los resultados.

Recuerdo que en una ocasión me llamó un amigo con quien salí de caza para indicarme dónde había caído una perdiz herida y que su *pointer* no encontraba, por más que la señalaba entre la maleza de un arroyo; llegué con mi *pachón*, le indiqué que buscara, y cogiendo el rastro en sentido contrario de donde se encontraba aún el elegante *pointer*, haciendo *calientes*, al poco rato oímos ladrar á mi *pachón*. Acudo á su llamamiento y le veo escarbar con una de sus patas delanteras al pie de una pared de piedras; le separo, me arrodillo en tierra y metiendo la mano agarré á la perdiz *aliquebrada*, que entregué á mi amigo, lleno de la mayor satisfacción por la lección que mi can había dado á su aristocrático perro.

Como éstos podría relatar infinitos lances que demostrarían cuanto dejo dicho. Cace-mos con perros españoles, recuperemos la raza, y los cazadores estaremos mejor servidos.

J. M. DE P.



## SEGUNDO CONCURSO DE PESCA CON CAÑA

La Sociedad El Fomento de la Pesca Fluvial Española ha organizado un segundo concurso de pesca con caña que se efectuará el domingo 14, el domingo 21 y el domingo 28 de los corrientes, en Alcalá de Henares, en Aranjuez y en Torrejón respectivamente.

Para poder tomar parte en el concurso es indispensable ser socio de dicha Sociedad. Los gastos de comida, viaje y estancia serán de cuenta del concursante, quien podrá elegir sitio y cambiar de puesto, usar el cebo que desee, sin más aparatos de pesca que una sa-



cadora y una caña con anzuelo ó anzuelos, provistos de dos ó más puntales por si alguno se inutiliza.

Los premios se adjudicarán en la siguiente forma: tres para los tres mayores ejemplares que se presenten de peso mayor de 999 gramos, tres premios para los tres que presenten un número de peces superior á 49 y otros tres para los tres que presenten mayor peso en peces superior á 1.999 gramos.

Estos premios consisten en tres medallas de honor, de oro; tres de plata; tres de cobre; un equipo de pesca; una caña de pescar con carrete y sedal; un estuche de accesorios; un carrete de madera, sedal y mazo de pelos; un reloj de plata «Longines»; cesta-silla de mimbre; carrete con sedal; figura alegórica; caña inglesa con carrete y sedal y una sacadora plegable; regalos de los Sres. Bahía, Velasco, Fito, Zornoza, Girod, Selva, Pernia, Asociación General de Cazadores y Pescadores de España y Sr. Recalde y Compañía.

## UN BUEN SERVICIO

El celoso y digno Inspector de policía don Adolfo de Miguel, llevando á sus órdenes al perspicaz agente D. José Hernández Arquellada, ha decomisado trece cajas que venían facturadas como si contuvieran huevos, y su contenido eran 500 kilos de cangrejos.

Es preciso que las autoridades imiten la conducta de estos celosos funcionarios, para evitar que se infrinjan las leyes de caza y de pesca.

## UNA ESPERA EN LAS AVANZADAS

Retrocedemos en este cuento, si así lo queréis llamar, al sitio de Bilbao, allá por el 1874, un año antes de mi feliz natalicio, que tanto agradezco á sus autores.

Mi abuelo, pundonoroso y bravo oficial de infantería, luchaba por la causa de las instituciones existentes y muchas veces escuché de sus labios, sentado sobre sus rodillas, la pintoresca relación de sus hechos de guerra, y aún acuden á mi mente, algo confusos, los más notables episodios de aquella memorable campaña, cómicos algunos de ellos, y entre los cuales se encuentra el que voy á relatar,

y perdóname, lector, si cometo error ú omisión, pues mi abuelo falleció hace bastantes años y no puedo, por tanto, rectificar ni añadir.

Los carlistas habían apretado el cerco de Bilbao; los liberales escaseaban de víveres, pero no por ello disminuían sus bélicos ardores.

En uno de los fuertes avanzados se ejercía una escrupulosa vigilancia, sobre todo por las noches, para evitar una sorpresa, que, según astutos confidentes, estaba preparada con esperanza de éxito.

Se decía que los carlistas trataban de acometer furiosamente y de improviso á los liberales, y los centinelas de estos últimos se escogían de entre los soldados más avisados y precavidos.

Uno de éstos era Juanillo el cazador, un chico muchachón castellano, que allá en su pueblo era tenido como *buena escopeta negra*, de las que penetran en el vedado ajeno sin permiso del dueño y jamás disparan sino á traición y sobre seguro.

Juanillo tenía un amigo y compañero de afición en el mismo batallón donde prestaba sus servicios militares.

Cuando sus deberes les permitían un rato de asueto, lo dedicaban á recordar sus fechorías venatorias.

Una tarde se reunieron los dos camaradas y se sentaron en una peña situada no lejos del fuerte, y Ramón, así se llamaba el compañero de Juanillo, dijo á éste:

—Chico, tengo un hambre canina; las judías y las patatas no me llenan.

—Pues á mí me ocurre precisamente lo contrario; pero me abandonan á los pocos momentos y en forma poco decorosa.

—El caso es que si yo me atreviese, menudito banquete nos íbamos á dar.

—¿Algún hermoso gato de los de la cantina?

—Dios los dé.

—¡Cómo! ¿Es que ya no queda ninguno? Juraría que ayer vi á la gata pelirroja que se nos escapó del cepo.

—Pues cuéntala con los muertos; anoche se la cenó el cabo Benítez en compañía de otros dos amigos.

—¡Caramba con el cabo Benítez, qué suerte tiene!

—No se trata de un gato, no; de otra cosa mucho mejor.

—Acaba de una vez. ¿De qué se trata?

—De un conejo padre, de redondos muslos y espléndidas riñonadas.



—Tú estás soñando.  
 —Sí, ¡menudo sueño!... Si yo me atreviera... Pero ¿cómo?...  
 —Despierta, Juan, no te hagas ilusiones.  
 —Escucha y te convencerás. Tú sabes que entre diez y once de la noche me colocan de centinela hace unos días detrás de aquellos peñascos, á unos veinte metros del fuerte. Pues bien, todas estas noches nos alumbra una espléndida luna...



—Oye, tú, ¿me estás refiriendo una novela?  
 —Según la consigna que tenemos, busco y rebusco con la vista entre los repliegues del terreno, por si tratan los carlistas de escurrirse sigilosamente y darnos una sorpresa.  
 —¿Acabarás tu cuento?  
 —No lejos de los peñascos donde me sitúo existe una pequeña llanura, y en ella tres ó cuatro matas de tomillo; de una de éstas vi salir al conejo de que antes te hablé, vi cómo gazapeaba, se ponía de mono, se lavaba la cara y, por último, se disponía á pastar.  
 —¿No sería una ilusión, hija del hambre?  
 —Era realidad, porque al hacer un pequeño movimiento levantó las orejas y se introdujo en un agujero.  
 —Pero ¿es cierto?  
 —Ven y lo verás.

Ambos amigos se dirigieron al lugar del suceso, donde, en efecto, debajo de un tomillo existía una boca, con huella indeleble de no estar deshabitada.

—¿Por qué no disparaste sobre él?  
 —¿Con bala?... ¡Menuda alarma se hubiera producido!  
 —Con haber dicho que viste un carlista y disparaste.  
 —Sí, pero la bala pudo herir á algún escucha de los que se situán frente á mi, á unos cincuenta ó sesenta metros.  
 —Se me ocurre una idea.  
 —Vamos á ver.  
 —Dame un cartucho.

Juanillo se lo entregó, y Ramón con una navaja partió la bala en pequeños trozos, que

colocó dentro del cartucho, atacando con un pedazo de papel, y dijo á su compañero:

—Ya está convertida la cápsula en un cartucho de caza; la colocas en el fusil, y cuando el conejo de marras salga de su escondite dispararás sobre él, que yo recogeré su sabroso cadáver.

\* \*

Se decía que aquella noche el enemigo trataba de sorprender á los defensores de la fortaleza, y los centinelas y escuchas estaban advertidos por sus jefes y se redobló la vigilancia.

Juanillo estaba en su puesto, desde donde observaba la mata de tomillo de donde habría de salir el conejo, quien no se hizo esperar mucho tiempo.

El centinela contenía la respiración, miraba de un lado para otro para convencerse de que nadie le espiaba y echándose el fusil á la cara y afinando la puntería, oprimió el disparador.

Juanillo no pudo ver con el humo de la pólvora si había hecho blanco y tampoco tuvo tiempo, pues al oírse el disparo en el fuerte, comenzaron á tocar las cornetas, los soldados



cogieron los fusiles y detrás de sus jefes salieron á ocupar posiciones.

La lucha fué horrible, sangrienta, duró hasta la madrugada.

Los carlistas, al oír el disparo del centinela, y que ocultos entre la maleza se acer-



caban al fuerte, al verse descubiertos generalizaron el fuego; pero en vano, porque los liberales les hicieron pagar con sangre en abundancia su temeridad.

Juanillo se había portado como un héroe, dió con su disparo, aunque inadvertidamente, la voz de alarma, y olvidando el lance del conejo, luchó como un desesperado.

Sus jefes le abrazaron y le propusieron para una recompensa.

Terminada la refriega, Ramón fué en busca de su compañero, á quien le dijo:

—Juanillo, eres un héroe y yo quiero también recompensarte. Te convido á comer el célebre conejo, que recogí del suelo momentos después de que le diste muerte, y bien puedes conservar su piel como has conservado la tuya por extraña casualidad.

Hoy Juanillo el cazador, en el ocaso de su vida, ostenta orgulloso en su pecho la cruz laureada de San Fernando, ganada heroicamente en el sitio de Bilbao, en defensa de nuestras actuales instituciones.

M. MORALES.



## UNA SORPRESA

El imperio de los pinchos renace.—Reclamación de la Sociedad de Cazadores.—En el Ayuntamiento se sorprenden y prometen remediar lo ocurrido y facilitar á los cazadores su libre circulación.

El día 1.º de año, los cazadores que regresaban por la estación de Goya se vieron sorprendidos con la exacción de un nuevo impuesto municipal sobre las piezas de caza que conducían.

Al efecto de cobrar dicho impuesto, se habían constituido varios agentes del Ayuntamiento, que detenían á los cazadores, contaban las piezas que cada cual conducía *para su especial consumo*, y exigían el pago de dos céntimos por cada uno, por *arbitrio de romana*, según decían los encargados de la exacción.

Excusado es decir las protestas que esto ocasionaría; pero como se trataba de gente que venía cansada, y sólo pensaba en marcharse á su casa, reuniéronse todos, y por convenio con los agentes, satisficieron el impuesto en globo, que importó, próximamente, ochenta céntimos.

Las quejas llegaron á la Asociación por conducto de uno de sus socios, que por cier-

to guarda la papeleta del pago, y comprendiendo la justicia que asistía á los reclamantes, una Comisión de la Junta directiva visitó al día siguiente al señor Alcalde.

No se encontraba éste en su despacho, y hablaron del asunto con el Sr. Ruano, digno Secretario de aquella corporación, el cual se mostró sorprendido por la forma empleada para cobrar dicho impuesto, y prometió que se modificaría en sentido favorable para los cazadores.

Nosotros celebraremos que así ocurra, no solamente por la parte que afecta á los cazadores, sino también por el desprestigio que representa para nuestro Ayuntamiento, que, buscando recursos, acude á procedimientos condenados por vejatorios.

No tenemos hoy espacio para ampliar nuestra protesta, razonando la improcedencia de semejante impuesto, llamado *arbitrio de pesas y medidas*, y que se pretende aplicar á conejos y perdices, que se cuentan por piezas, y que son conducidas por particulares para su consumo y no para su compra-venta, para cuyas especies se estableció.

La Asociación de Cazadores presentará al Ayuntamiento su recurso contra el nuevo impuesto, razonado, y esperamos que su resolución será favorable.



## Un viaje de exploración

K. CH. T. SE VA

Nuestro querido colaborador K. Ch. T., notable pescador con caña y anzuelo y distinguido publicista belga, nos abandona, sale de España con rumbo á Filadelfia, á montar y dirigir una fábrica de conserva de peces á la gelatina.

También ha recibido ventajosas proposiciones para proveer el *Aquarium* de Nueva York de seres vivientes del Océano.

Sentimos en el alma tan irreparable pérdida, pero abrigamos la esperanza de que cumplirá la promesa de enviarnos desde el Norte de América sus notables artículos ilustrados por él mismo.

Tenemos entendido que una de sus primeras visitas la realizará á las Cataratas del Niágara, donde piensa estudiar algunas variedades de cachos, barbos y tencas y algunos que otros peces de colores, á los cuales les diri-



girá la célebre frase latina *rideum ego pisciculi coloreali*.

Nuestro amigo el gran K. Ch. T. es autor de un ingenioso procedimiento para adormecer á la trucha y sacarla de su elemento sin que pueda apercibirse de la artimaña.

El *shah* de Persia le honra con su particular amistad por haber provisto de congrios sus dominios, de cuya especie proveerá á otras naciones que carezcan de ellos, á excepción de España, donde abundan de una manera alarmante, sobre todo en la política.

El viaje lo hará en un vapor pesquero de la matrícula de Vigo.

Deseamos á nuestro compañero una feliz travesía.

## CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea ó inserción es de 75 céntimos.

## Foot-ball

Los partidos celebrados en Madrid el día 3 de Diciembre dieron los siguientes resultados:

Primeros equipos «Español F. C.» y «Madrid F. C.». Campo del «Madrid». Venció «Madrid» por cinco goals á cero.

Primeros equipos «Sociedad Gimnástica Española» y «Athletic Club». Venció «Athletic» por uno á cero.

El día 10 celebróse un encuentro entre los primeros equipos de «Madrid» y «Gimnástica». Venció «Gimnástica» por tres á uno.

El encuentro entre los segundos equipos de «Madrid» y «Gimnástica» el día 17 de Diciembre dió por resultado un empate á dos goals.

No queremos hablar de la última Asamblea de la Federación Española de Clubs de Foot-ball hasta conocer bien las actas de dicha Asamblea.

Será la manera de que nadie pueda tacharnos de parciales en este asunto.

También sabemos que la Directiva de la Federación trabaja por dar cima á las bases del Campeonato de España por regiones. Cuando éstas estén concluidas y aprobadas, serán conocidas de nuestros lectores.

UN TURISTA

## Consultorio jurídico de «Caza y Pesca»

### Consulta.

¿Se puede cazar los pájaros no insectívoros con redes y ballestas sin licencia de uso de armas de caza y para cazar, puesto que no se utilizan dichas armas?—F. C.

### Resolución.

Los que se dediquen á la caza de pájaros por estos procedimientos están obligados necesariamente á ir provistos de la referida licencia, según preceptúa el art. 28 de la vigente ley de Caza, el art. 91 de la ley del Timbre de 1.º de Enero de 1906 y varias Reales órdenes aclaratorias.

## NOTICIAS

*Legislación de caza, pesca y uso de armas.* Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Álvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.

